



PETARDO DOMINGUERO CON MUCHA SAL Y SALERO

NÚMERO SUELTO
5 céntimos.

IMPRESA, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALAMEDA DE SAN MAMÉS, núm. 15, bajo

BILBAO
29 DE MAYO 1904.—AÑO V.—NÚM. 207

NÚMERO SUELTO
5 céntimos.

¡ATENCIÓN!

Esta imprenta, con máquina Marinoni grande, guillotina, minerva, motor a gas y tipos, cajas y accesorios para toda clase de trabajos tipográficos, se vende ó se alquila en buenas condiciones.

EL RUIDO en la Manchuria

Las de Villadiego.—Peste católica exentemática.—EL RUIDO más moral y decente que los viejos de la vela y que Urquijo, Mierdalet y el médico chiquito.—Las 225 que las pague el Nuncio.—Trastada de un procurador madrileño.—Yo á presidio? ¡Piscis!—El milagro de la virgen.—Guiños á la sacristana.—Una virgen que mueve.—¡A la Manchuria!

No me busquen ustedes en Durango. EL RUIDO se ha trasladado á la Manchuria. ¿Que no? Más ruido que en la Manchuria no hay ahora en ninguna parte.

Las causas de mi desaparición son varias. Primeramente, huyo del juzgado municipal del Ensanche, que es una peste (el juzgado, no el Ensanche), pero una peste católico-exentemática de las más mortíferas. ¡Querirme cobrar á mí 225 pesetas! ¡Ni que fuera yo un ladrón de los más reconocidamente religiosos de Bilbao! ¿Si me habrá tomado á mí por un miembro (y no lo tengo chico) del trust cochino-marranero?

Los domésticos del cacique carlo-integro-alfonso-peregrino me acusan de faltar á la moral, á la decencia pública y á las buenas costumbres. Y no solo me acusan, sino que me condenan al pago de 225 chirlas. ¡Yo faltar á la moral! ¡Yo atentar contra la decencia pública! ¡Yo ofender á las señoras buenas costumbres! ¡Cómo me calumnian las colillas curialescas!

Soy tan moral, que en Durango solo juego al tute de domingo á domingo, cuando me visita mi pequeña y querida esposa. Tan decente, que nunca me he metido al agua sin taparrabos y mis palabras más feas son ¡meachis!, ¡badajo! y ¡cajones! Amigo de las buenas costumbres lo soy tanto, que jamás oigo misa, ni doy diez céntimos á San Antonio, ni visito un convento, ni me rozo con un clérigo. ¿Se puede ser más moral y decente ni tener mejores costumbres?

A ver, que alcen el dedo esos catolicastros ricachones, que tienen queridas y se ensucian la lengua en las cosas más cochinas. ¿Sen más morales que yo esos vejetes de la vela que se dejan caer los mocos en los virgos de la letanía y se dedican á la compra de chiquillas pobres? Únicamente Mierdalet me gana en continencia, pues si yo tuteo de do-

mingo á domingo, á él de año en año se le sube el apellido al caño. ¿Es más decente que yo el médico chiquito? ¡Qué ha de ser, si en cuanto visita á una mujer guapa y joven ya la está tomando el pulso más abajo del ombligo! ¿No soy yo hombre de mejores costumbres que José María el Tempranillo, que miente más que su periódico y no paga la luz eléctrica de su palacio de Eloorrio? ¡Como que desde que le presentaron la cuenta se hizo peregrino y se declaró enemigo de las luces!

¿Y me condenan á 225 pesetas de multa? Antes que pagarlas me marchó á la Manchuria. Y dicho y hecho.

Hay, además, como he dicho al principio, otras razones para que yo tome el tole. Por decir que en el confesonario hay curas que seducen á las muchachas, el tribunal de derecho de la Audiencia de Bilbao, poniéndose en contradicción con el del jurado, que me absolvió, me impuso una condena de dos años, cuatro meses y un día de presidio correccional. Yo apelé al Tribunal Supremo, hice todas las cosas en regla para entablar el recurso de casación y todo hacía suponer que el eximio cantor de María y presidente de la Audiencia de Bilbao, señor Gómez Planas, saldría aplanado, cuando me entero de que el procurador que en Madrid me había correspondido de oficio, se ha dejado pasar el tiempo y no ha presentado dentro de término el recurso, por lo que la sentencia queda firme, y con obligación de ir á cumplirla, es decir, á presidio.

¡Quiá, hombre! Antes me marchó á la Manchuria. Porque á mí no hay quien me quite de la cabeza, así sea una calumnia, que los neos bilbainos han averiguado quién era mi procurador en Madrid y le han comprado por dos pesetas para que me haga esa trastada. Y ante una trastada otra. ¡Pues no faltaba más! ¡Tanto ladrón católico por ahí suelto y yo á presidio! ¡Piscis, señores jesuitas!

Pero aún hay más, Lisardo. Lo que me ha hecho salir de estampía de Durango, sin despedirme siquiera de la estatua de Astarloa, es el milagro de la Virgen que se venera en la parroquia de Santa María.

Figúrense ustedes que el viernes de la última semana, por la tarde, se pone la buena señora á hacer guiños con los ojos y á mover las manos y los pies. Si los guiños se los hubiese hecho al sacristán, vamos, podían pasar. Pero se los hizo á la sacristana, quien salió de la iglesia toda espantada, dando alaridos y cantando el milagro á todo bicho viviente, llenándose enseguida el templo de mujeres, hombres, ancianos y niños, que no solo veían á la virgen poner los ojos en blanco, sino hasta poner los brazos en jarras y cimbrarse las caderas como si fuese á bailar un tango.

Cuando me lo contaron me quedé estupefacto.

—Pero está usted seguro—le pregunté al portador de la noticia—de que la virgen ha movido...

—Sí, señor, ha movido, ha movido. Pues hijo, en un pueblo donde hasta las vírgenes mueven no se puede estar seguro. ¡Ahí queda eso!

Y lió la maleta y aquí me tienen ustedes en la Manchuria, para lo que gusten mandar.

Camino de la Manchuria

El tren carraca.—Zabalinchaurreta perniquebrado.—Los jesuitas le salvarán.—Republicanos y socialistas.—Los republicanos iruneses.—La coladura en Francia.—Pocas pesetas y menos francos.—La quema del Banco de España y los ministros.—Estos ya son otros trenes.—¡Ya somos dos, Meabe!—¡A la Manchuria!

Con la mano sobre la tetilla izquierda, digo que no sé qué es peor, si ir á presidio, para que bailen de gusto clericales y bizkaitarras, ó viajar por ferrocarril desde Durango á San Sebastián. ¡Santo fuerte, qué carraca de tren y qué vaivenes y qué ganas de echar la papilla le entran á uno!

Dicen que esa empresa ferroviaria está como el cojo Zabalinchaurreta, en quiebra. Me alegro, para que vean los estúpidos hijos de fraile, por otro nombre clericales, como favorecen vírgenes y corazones de Jesús á los accionistas, que son más católicos que los borregos del Patronato. ¡Lo que más gracia me hace es ver á Zabalinchaurreta á la cuarta pregunta! ¡De bastante le ha servido la muerte de doña Casilda! Y vaya unos abogados que tiene en la corte celestial. Ni la milagrera virgen de Be-goña, ni María Magdalena, ni el sacamuelas taumaturgo San Antonio le han salvado de la bancarrota. Por supuesto, que ahí tiene á los jesuitas, que le han comido la mitad de la fortuna, dispuestos á prestarle... buenos consejos.

En esto, ¡píiii! ¡píiii!, llevo á Irún. Lo primero que me pregunto es: ¿cómo, demonio, me las arreglaré para introducirme en Francia, sin tener que enseñar la cédula á nadie, igual que si fuese un personaje que viaja de incógnito? Y los primeros que se me vienen á la mente son los republicanos. ¿Qué será que los socialistas, cuando nos vemos en apuro, nos acordamos de los republicanos, como si fueran nuestros íntimos amigos? Porque Tomás Meabe también se echó en Irún en los brazos de estos casi correligionarios. Digan lo que quieran Iglesias y Perezagua, algo de común hay entre socialistas y republicanos y ese algo debiera bastar para que no nos tiremos á degüello unos á otros como nos estamos tirando. ¿Por qué no me habré acordado yo en este trance, ni Meabe en el suyo, de los carlistas, ni de los dinásticos, y sí de los republicanos? Vamos á ver ¿por qué? Que contesten Perezagua é Iglesias.

¡Y vaya unos republicanos que hay en Irún! Son oro molido, más finos que el coral y con un corazón más grande que la grua de Uribitarte. En fin, ellos nos han colado en Francia á Meabe y á

mí con más facilidad que se cuele un jesuita en alcoba de beata rica. Tan agradecido les estoy que me dan tentaciones de coger la república francesa y remitírsela en el rápido, por más de que ellos se merecen hasta el Socialismo.

Pero ahora viene lo más doloroso. Todo eso de la altura de los cambios me solía coger á mí como si tal cosa. ¿Que los francos están á 36? Bueno, que estén. ¿Qué suben á 40? No me importa. Con mi peseta tomo café, copa y cigarro, igual que cuando estaban á la par. ¡Rediez! Y así que llego á Hendaya veo que mis pocas pesetas quedan reducidas en francos á la más mínima expresión. ¿Qué hago yo con estos francos, si á la menor franqueza me quedo sin ninguno? Tal furia me acometió que si tengo enfrente al Banco de España le pego fuego. Porque á mí no me cabe duda de que toda la culpa la tiene el Banco de España, que posee papeles pintados para empapelar toda España y, en cambio, no tiene oro para hacer una cucharilla de café. Ustedes dirán que el primer responsable de esto de los cambios es el gobierno. Estoy conforme, y en prueba de ello digo que para que ardiera mejor el Banco hubiera echado á las llamas á Maura, sin chaleco que le salvara; á Osma, con una botella de triple, para que ardiera más pronto; á Sánchez Toca, sin narices, para que no soplara y apagara el incendio; á Allende Salazar, dormido, que es como está siempre, para que cuando despertara estuviese ya tostado y le dijeran, con música,

*ya estás tostao,
vuélvete del otro lao;*

y á Sánchez Guerra y á Linares y á Rodríguez San Pedro y á Domínguez Pascual y á Ferrándiz, que habían de chisporrotear enseguida, porque son todos unos leños que no sirven más que para la quema.

Y hala con mis pocos francos camino de la Manchuria. Esto ya es otra cosa. En estos trenes franceses se puede viajar. Corren á 60 kilómetros por hora cuando menos. Los coches terceros son magníficos. Los debían ver Sampedro, Pidal, Silvela y demás chupópteros de los ferrocarriles españoles. Hasta tienen los terceros estos timbres de alarma. Los timbres, si bien se mira, no hacen falta en España, porque ese es un país en el que nadie se alarma por nada. Ya ven ustedes lo que está haciendo Maura y los españoles que tranquilos están.

—¡Bayona, 6 minutos!
¡Caramba! Ahora que me acuerdo. ¡Si aquí está Tomás Meabe! ¡Adios, amigo! ¿Qué, ya te has comprado los chanclos?
—Pero estoy soñando? ¿Eres tú?
—No te frotes los ojos, hombre, que si soy yo, EL RUIDO!
—¿A dónde vas?
—A la Manchuria.
—¿Has dado un corte de mangas á la justicia española, como yo?
—Yo la he dado dos cortes.
—¿Quién había de decir, cuando nos

